

# TRADICIÓN Y REACCIÓN EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XX. DEL NEOTRADICIONALISMO DE RAMIRO DE MAEZTU AL NACIONALCATOLICISMO

**Prof. Jorge Novella Suárez. Universidad de Murcia**

Publicado en *Tradiciones de la península Ibérica*, Universidad de Barcelona, Asociación Hispanismo Filosófico, Fundación Larramendi, 2010.

## 1. ENTRE LA INVENCIÓN Y LA RETÓRICA

El Romanticismo renovó la preocupación por el pretérito histórico, especialmente medieval, “la nostalgia del pasado”, la tradición significó aquello que nos ha sido legado por el pretérito y desde el cual se combaten los efectos perniciosos de la modernización o de las transformaciones que son consecuencia de un cambio político. La tradición<sup>1</sup> es una creencia fija que actúa frente a las creencias temporales, de ahí que sus críticos arranquen tempranamente con la eclosión del mundo moderno y, especialmente, de aquellos que combatían los prejuicios que apresaban el ejercicio de la razón y la autonomía del ser humano. Max Weber caracteriza la tradición como “aquello que siempre existió”, pero todos operamos, escribimos, pensamos desde una tradición. Existe una tradición fija, inalterable, inmovilista, que se resiste a los procesos de renovación y puesta al día, y que hunde sus raíces en la autoridad divina - Cristo, la Providencia, Iglesia o el Papa como cabeza visible - desarrollándose en países de cuño latino y católico, donde la secularización<sup>2</sup> no pudo desarrollarse por esa “concepción mágico-religiosa del mundo”, siendo contraria a la concepción racional de la tradición, propia del conservadurismo<sup>3</sup>, mucho más extendida en los países de tradición protestante.

---

<sup>1</sup> Para la exégesis del concepto de tradición en sus distintos significados véase mi libro *El pensamiento reaccionario español (1812-1975). Tradición y contrarrevolución en España*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2007, especialmente los capítulos 1-3, pp. 23-67.

<sup>2</sup> “Todos los conceptos sobresalientes de la moderna teoría del Estado son conceptos teológicos secularizados”, Carl Schmitt, *Teología política*, Cultura Española, Madrid, 1941, p. 72. La edición alemana apareció en 1922.

<sup>3</sup> Honderich, T., *El conservadurismo. Un análisis de la tradición anglosajona*, Península, Barcelona, 1993, pp. 13-27.

La historia va unida a la tradición como modo de legitimación, para ello se seleccionan hechos “interpretándolos adecuadamente” para conseguir la identificación con la comunidad, institución, autoridad, etc., así como para fundamentar las tradiciones y sus institucionalizaciones. Hobsbawm<sup>4</sup> afirma que inventar tradiciones “es esencialmente un proceso de formalización y ritualización, caracterizado por referencia al pasado, aunque sea por imposición de la repetición”. El concepto de “tradición inventada” pueden ser de tres tipos: a) las que establecen o simbolizan cohesión social o pertenencia al grupo, ya sean comunidades reales o artificiales; b) las que establecen o legitiman instituciones, estatus o relaciones de autoridad, y c) las que tienen como principal objetivo la socialización, el inculcar creencias, sistemas de valores o convenciones.

Aquí la tradición es emblema del status quo, del poder y del orden instaurado por derecho natural, de ahí que se reivindique la invariabilidad y lo inalterable. La tradición deviene en liturgia y ritual, en construcción e institucionalización de un pasado histórico que se añora y enarbola frente a lo nuevo<sup>5</sup>.

Albert Hirschman<sup>6</sup> ha singularizado a la tradición por lo que ha denominado “la lógica del retrovisor”, que encarna ese deseo permanente de “dar la espalda al reloj de la historia”. Además, sus argumentos son siempre reactivos, contra algo, esto es, frente a todos aquellos que pongan en cuestión creencias, valores y costumbres que dirigen la sociedad desde un tiempo indefinido. Expresado de otro modo, podemos afirmar que el término en cuestión contiene el enfrentamiento entre el racionalismo político ilustrado y los valores que proceden de Dios y que son defendidos por el catolicismo. La permanente hostilidad frente a lo nuevo, en palabras de Giddens, tradición como “sombra de la modernidad”.

En España la tradición que se ha presentado desde el siglo XVIII como la “única y verdadera” es la de esa España eterna e impecable que combatió con saña los

---

<sup>4</sup> Hobsbawm, E., “Inventando tradiciones”, trad. Pablo Méndez Gallo, *Bitarte. Revista cuatrimestral de Humanidades*, n.º 18 (agosto 1999), pp. 39-53, San Sebastián; es la introducción a Hobsbawm, Eric y Terence Ranger (Eds.), *La invención de la tradición* (1983), Critica, Barcelona, 2002.

<sup>5</sup> “Todas las tradiciones (...) son tradiciones inventadas. Ninguna sociedad tradicional fue totalmente tradicional, y las tradiciones y costumbres han sido inventadas por varias razones. No debemos pensar que la construcción consciente de una tradición se da sólo en la era moderna. Es más, las tradiciones siempre llevan incorporadas poder. (...) Reyes, emperadores, sacerdotes y otros las han inventado desde hace mucho tiempo en su beneficio y para legitimar su dominio”, así se pronuncia Anthony Giddens, *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, Taurus, Madrid, 2000.

<sup>6</sup> Hirschman, Albert O., *Retóricas de la intransigencia*, trad. Tomás Segovia, F.C.E., México, 1991.

más tímidos intentos de nuestros moderados ilustrados y se convirtió en contrarrevolución a partir del mes de julio de 1789. Es así como la tradición (del tradicionalismo, integrista, ultramontanismo) se convierte en reacción frente a los intentos de modernizar el país. Sus argumentos, los paradigmas se pueden resumir en lo que Hirschman denomina tesis de la *perversidad*<sup>7</sup>, *futilidad*<sup>8</sup> y *del riesgo*<sup>9</sup>, tres tesis reactivo-reaccionarias (en el sentido newtoniano de que “a toda acción se opone siempre una reacción igual”) para valorar los modelos y los argumentos que se contraponen a los esquemas políticos existentes. A continuación veremos la plasmación de esa tradición integrista en dos momentos del siglo XX español.

## 2. HISPANIDAD Y NEOTRADICIONALISMO

El paradigma del nuevo tradicionalismo hispano se fundamenta en el corpus y doctrina del tradicionalismo establecido por Donoso Cortes, recogiendo los elementos del derecho histórico español, su acendrado catolicismo, el antiliberalismo, doctrinas invariables para serviles, apostólicos, carlistas, neos, etc. Véase el índice del Syllabus y se tiene el guión a seguir. Con ese argumento permanente de simbolizar la resistencia de lo que ha sido considerado verdad y autoridad ante lo nuevo, la querrela de antiguos y modernos en la esfera del poder político, el excesivo peso de esta tradición que arranca desde la Contrarreforma y que ha mantenido su hegemonía a lo largo de nuestra historia: un nacionalismo español tradicionalista y reaccionario que ha ahogado al liberalismo conservador, que entiende la tradición como algo que se renueva permanentemente, sólo así es posible la tradición.

Ramiro de Maeztu, es quien en la última etapa de su vida, se convierte en el auténtico cenit del pensamiento tradicionalista español. El publicista vasco liderará y organizará la vuelta a las ideas de la tradición española, en tiempos que la derecha política necesita imperiosamente un cuerpo de doctrina que contraponga a las ideologías liberales y de izquierda que conforman el ideario de la II República. Bien

---

<sup>7</sup> “Toda acción deliberada para mejorar algún rasgo del orden político, social o económico sólo sirve para exacerbar la condición que se desea remediar”, Hirschman, *Retóricas de la intransigencia*, p. 17.

<sup>8</sup> “Las tentativas de transformación social serán inválidas, simplemente no logran hacer mella”, “Todo se frustra porque pretenden cambiar lo incambiable, porque ignoran las estructuras básicas de la sociedad”, Hirschman, pp. 17 y 86.

<sup>9</sup> “El costo del cambio o reforma es demasiado alto, dado que pone en peligro algún logro previo y apreciado”, Hirschman, p. 17-18.

es cierto que Maeztu se incorpora tarde, en 1927, pero desde esa fecha hasta la de su asesinato en agosto de 1936, pergeñará no sólo las bases del “nuevo” tradicionalismo español sino una estrategia política contundente (no sólo en sus formulaciones) que tiene como finalidad el fin de la democracia parlamentaria que representa el proyecto político de la II República<sup>10</sup>. La alternativa va a pivotar sobre la formulación de la idea de Hispanidad asentada en un neotradicionalismo deudor – como ya he indicado - de la obra del Marqués de Valdegamas. Pero ¿que entiende por Hispanidad?

“Hispanicos son todos los pueblos que deben la civilización o el ser a los pueblos hispanos de la península. Hispanidad es el concepto que a todos los abarca.”<sup>11</sup>

Hispanidad como *Volkgeist* de la cristiandad, como el espíritu de la civilización cristiana que encarna occidente y que se contrapone a esa Europa protestante. Y especialmente es, como afirma Pedro Cerezo:

“La alternativa al ideal republicano desde la tradición católico-integrista vino de parte del pensamiento de Ramiro de Maeztu en su *Defensa de la Hispanidad*, (...) se advierte la dimensión programática antirrevolucionaria y antirrepublicana de la obra.”<sup>12</sup>

Es la respuesta a esa crisis del humanismo que en su famoso texto había analizado Maeztu en 1916, engarza esa alternativa con la situación de Europa tras la Gran Guerra. Ese vacío espiritual debe ser llenado por el ideal cristiano, por el humanismo medieval y su modelo universal y trascendente, dejando a un lado a ese otro humanismo renacentista que ha dado al hombre el orgullo y la ambición igualitaria. Espiritualización versus secularización, catolicismo frente a protestantismo y ateísmo, unitarismo contra racionalismo e individualismo egoísta, mesianismo en oposición a decadencia, estos son los hitos de la Hispanidad.

Entendida como nueva encarnación de la catolicidad derrotada por la protestante y revolucionaria Europa, de ahí que la proyección pivote sobre el descubrimiento de América y la catolicidad de la América hispana. Angeles Egido<sup>13</sup> ha estudiado este relanzamiento de “el mesianismo católico-imperial... de Zacarías Vizcarra resucitando el mito de Santiago”, esta idea se proyecta en Portugal (Sardinha

---

<sup>10</sup> Véase mi artículo, “Azaña, Ortega y Besteiro: el legado de la II República”, en *Revista Sistema*, nº 170, septiembre 2002, Madrid.

<sup>11</sup> Maeztu, R., *Defensa de la Hispanidad*, introducción de Federico Suárez, Rialp. Madrid, 1998 (1ª 1934), p. 84; apareció en *Acción Española*, Madrid, 15 de diciembre de 1931.

<sup>12</sup> Cerezo, P., *El mal del siglo. El conflicto entre Ilustración y Romanticismo en la crisis finisecular del siglo XIX*, Biblioteca Nueva-Universidad de Granada, 2003, p. 719.

<sup>13</sup> Egido León, A., “La Hispanidad en el pensamiento reaccionario español de los años treinta”, *Hispania*, LIII/2, nº 184, Madrid, 1993, pp. 656 y 660.

habla de la lusitanidad) y también en Argentina. Fernández Carvajal recalca como el mito de la hispanidad se utilizará como arma dialéctica para relanzar la ideología “tradicionalista” y también como un freno al panamericanismo y al indigenismo más que incipientes; en tanto que

“La Hispanidad es, ante todo, una perduración en el mundo actual del espíritu de la Edad Media” (...) Europa, al descubrir América envió a modelar su espíritu dos hombres de muy distinta traza: el disidente anglosajón, que iba como emigrante, y el conquistador español, que iba como enviado. El primero escapaba de Europa como renegando de ella y de todos cuantos elementos de unidad la habían constituido y alimentado. El segundo, en cambio, partía lleno de respeto hacia la Cristiandad, hacia el Papa, hacia la Tradición.”<sup>14</sup>

La figura del caballero cristiano<sup>15</sup>, paladín, militar y clerical, defensor del *Syllabus* y las tesis de Pío IX contra la modernidad, defensor de la hispanidad, su lógica es

“perversa y patológica, inevitablemente paranoica, que busca refugio en la omnipotencia de las ideas tan pronto la realidad no se ajusta a nuestras expectativas.”<sup>16</sup>

Lo que pretende Ramiro de Maeztu es un correctivo católico a la modernidad europea, que había abordado en *La crisis del humanismo*<sup>17</sup>. De este modo la Hispanidad se convierte en la clave de bóveda, en el punto de partida de esa empresa en contra de “los enemigos de España”, desde el liberalismo al comunismo, pasando por los masones o los judíos, racionalistas, socialistas o librepensadores. Hispanidad como “misión ecuménica: la creencia en la capacidad de los seres humanos para

---

<sup>14</sup> Fernández Carvajal, R., “Precisiones sobre la Hispanidad”, *Alférez*, nº 1, Madrid, 28 febrero de 1947, p. 7.

<sup>15</sup> “Esa ley a que el caballero cristiano somete a los demás y se somete a sí mismo, no procede de ningún código escrito, ni de costumbres, ni de convenciones humanas; procede exclusivamente de la propia conciencia del caballero. El caballero no los encuentra hechos y vigentes, sino que los hace e impone él por sí mismo. No están «ahí», como las leyes públicas; sino que florecen en el corazón del caballero, el cual no conoce otra legalidad que la ley de Dios y su propia convicción. El caballero cristiano es el paladín de una causa, que se cifra en Dios y su conciencia. No acata leyes que no sean «sus» leyes; no se rige por otro faro que la luz encendida en su propio pecho”, así lo define Manuel García Morente en *Idea de la Hispanidad*, que recoge las conferencias pronunciadas el 1 y 2 de julio en la Asociación de Amigos del Arte de Buenos Aires en 1938. Véase *Obras Completas*, vol. 1-II (1937-1942), Anthropos, Barcelona, 1996, pp. 342.

<sup>16</sup> Villacañas Berlanga, J. L., *Ramiro de Maeztu y el ideal de la burguesía en España*, Espasa, Madrid, 2000, p. 16.

<sup>17</sup> Maeztu, R., *La crisis del humanismo. Los principios de autoridad, libertad y función a la luz de la guerra*, Sudamericana, Buenos Aires, 1947. En el prólogo María de Maeztu expone como se relaciona este texto, publicado en 1915, con los textos posteriores de Berdiaeff, Spengler y Belloc.

salvarse”<sup>18</sup>. Atrás ha quedado aquel periodista de estilo incendiario, conocedor de Nietzsche, de estilo anarquizante y que había afirmado: “En los anhelos socialistas está el único camino”; ahora sostiene que sólo este clasicismo católico va a sobrevivir a la crisis del liberalismo europeo, tal es su afán por catolizar la incipiente modernidad de la burguesía española.

Difícilmente se conjugaban su *Sentido reverencial del dinero* (entendido éste como un atributo de Dios) y el sacramental del trabajo, con su teoría contrarrevolucionaria y crítica siempre del liberalismo recogido en *La crisis del humanismo*. Ese híbrido extraído del calvinismo, tamizado weberianamente con un tradicionalismo católico integrista, tenía que conducir a que el ideal para la burguesía deviniera en el programa para una extrema derecha conspiradora; defensora de una oligarquía financiera que nunca había admirado el sistema democrático norteamericano sino sus intereses económicos, y a la garante de ellos, la monarquía tradicional, con Alfonso XII como “hombre de negocios”. Ese ideal es la conjunción de Iglesia y Ejército como avalistas y fiadores de la monarquía militar que Maeztu anhela, incluso antes del golpe del Marqués de Estella, como el único modo de solucionar los problemas de la Restauración, del 98 o de la República. La huella indeleble del de los epígonos del costismo.

Será en Buenos Aires, en su etapa como embajador a finales de la década del veinte, donde entra en contacto con Zacarías Vizcarra que se convertirá en asiduo colaborador de *Acción Española*. Esta revalorización del pasado histórico proyectándolo como misión de la España de su tiempo es el banderín de enganche para muchos grupúsculos políticos fraccionados que encuentran una empresa política con la que enfrentarse a la República. Es la vuelta a la monarquía tradicional hispana, donde la conquista se transmuta en una misión espiritual donde

“al interés material, opone Maeztu el ideal espiritual; a la predestinación, la idea católica de que todos los hombres pueden salvarse; al lema revolucionario, el ideal católico: libertad, pero para elegir el bien, igualdad, pero ante Dios; fraternidad, pero en la caridad cristiana.”<sup>19</sup>

Orden, Jerarquía y Sacrificio son claves para no perder ese ideal espiritual que es la Hispanidad contrapuesta a los denostados emblemas de la Ilustración-

---

<sup>18</sup> Colom, F., “El Hispanismo reaccionario. Catolicismo y nacionalismo en la tradición antiliberal española”, en Colom, F. y A. Rivero (Eds.), *El altar y el trono. Ensayos sobre el catolicismo político iberoamericano*, Anthropos, Barcelona, 2006, p. 63.

<sup>19</sup> Egido León, op. cit., p. 661.

Revolución, Libertad, Igualdad y Fraternidad. El declive de España se produjo por la ausencia de esa idea-fuerza, de esa misión sustentada en un ideal. Los enciclopedistas son responsables de socavar al Altar y al Trono, al catolicismo y a la Monarquía. Maeztu piensa que hay que restaurar aquellas tradiciones en el nuevo orden, la crisis del mundo en el periodo de entreguerras necesita de ese ideal que España dio al mundo: la religión católica y el régimen de la Monarquía católica española. De este modo interpreta el sentido y valor de la existencia, el nuevo estilo del caballero cristiano<sup>20</sup>, cuyo perfil traza con las siguientes notas: 1) paladín; 2) grandeza contra mezquindad; 3) arrojo contra timidez; 4) altivez contra servilismo, 5) más pálpito que cálculo; 6) personalidad; 7) culto del honor; 8) idea de la muerte; 9) predominio de la vida privada sobre la vida pública; 10) religiosidad; 11) impaciencia de la eternidad. Estos son los nuevos valores que conforman un modo de vida, una concepción del poder y de la sociedad, tal como Hirschman nos ha mostrado en su *Retórica de la intransigencia* (intransigencia, futilidad y riesgo).

El Papa Pío XII refuerza todo ello al resaltar que España es:

“la nación elegida por Dios como principal instrumento de la evangelización del Nuevo Mundo y como baluarte inexpugnable de la fe católica, acaba de dar a los prosélitos del ateísmo materialista de nuestro siglo la prueba más excelsa de que por encima de todo están los eternos valores de la religión y del espíritu.”<sup>21</sup>

El viraje es total, Maeztu ha pasado de sus críticas a la política canovista y sus deseos de ir *Hacia otra España*, con arrastrarla a un modelo teocrático medieval. A la vuelta de su época londinense (1919) muchas cosas ha vivido: las experiencias de la Gran Guerra (que atribuye al humanismo), la muerte de T. H. Hulme, los efectos de la Revolución de Octubre, todas ellas lo han transformado en otro hombre. A partir de entonces su proyecto va a ser ahormar esa burguesía católica utilizando, excepcionalmente, el decisionismo dictatorial donosiano al servicio de la monarquía tradicional.

*El nuevo tradicionalismo y la revolución social*<sup>22</sup> es el título donde se recogen los artículos de Maeztu dedicados al espíritu tradicional, son su contribución tardía al

---

<sup>20</sup> García Morente, M., *Idea de la Hispanidad*, pp. 341-362.

<sup>21</sup> Pío XII, *Mensaje a la nación española* (1939), la parte en que se alentaba a tratar bien a los vencidos fue censurada y no publicada.

<sup>22</sup> Maeztu, R., *El nuevo tradicionalismo y la revolución social*, introducción de Vicente Marrero, Editora Nacional, Madrid, 1959.

cuerpo doctrinal de la filosofía antiliberal e integrista española; ganando el tradicionalismo

“en sensibilidad hacia lo concreto, en sentido social y económico, lubricando así sus ruedas para poder salir de la vía estrecha en que se encontraba desde hacía muchos años”<sup>23</sup>.

A decir verdad, el toque anglosajón no afecta al núcleo doctrinal que constantemente va a esgrimir Maeztu: Dios, Patria, Fueros, Rey. Estas cuatro palabras resumen el dogma, los “postulados intangibles” que aderezados con citas circunstanciales de Whitehead, Heidegger y otros muchos, son el núcleo intelectual del “nuevo” tradicionalismo. En primer lugar, *Dios* como compromiso a situar y defender “la religión cristiana por encima de cualquier otro fin”; después de esta patria espiritual, “la patria terrenal... como nuestra representación ante los demás pueblos del mundo y el órgano de nuestra comunidad con todos ellos”<sup>24</sup>. Los *Fueros* expresan “un sentido funcional del derecho y el sistema gremial corporativo y descentralizado”; y como colofón, la *Monarquía española tradicional* basada en la unidad espiritual, donde las leyes son la “adecuación de la razón al bien común, como enseñaban nuestros grandes teólogos juristas”.

Esta recolección de artículos “de combate” están fechados, la mayor parte de ellos, en los años de la II República, cuando se precisa entroncar con las doctrinas tradicionalistas (“ser es defenderse”, escribe en *Las Provincias* de Valencia el 18 de octubre de 1934) pues “si ahora vuelven algunos espíritus alertas los ojos hacia la España del siglo XVI es porque creyó en la verdad objetiva y en la verdad moral.”<sup>25</sup> Maeztu critica la falta de puesta al día de la filosofía tradicionalista en España, el abandono en que se encuentra y lo hace glosando la obra de Vázquez de Mella; es de este modo como constata:

“el tradicionalismo español se resiente de ser más una evocación del pasado que una orientación del porvenir.”<sup>26</sup>

El fino olfato del autor de *Hacia otra España* se da cuenta del desconocimiento, del bajo nivel teórico y la ausencia de renovación de la doctrina tradicionalista debido al desconocimiento de

---

<sup>23</sup> Marrero, V., Introducción a Maeztu, R., *El nuevo tradicionalismo y la revolución social*, ed. cit., p. 8.

<sup>24</sup> Maeztu, R., *El nuevo tradicionalismo*, p. 22.

<sup>25</sup> Maeztu, *El nuevo tradicionalismo*, p. 47.

<sup>26</sup> Maeztu, *El nuevo tradicionalismo*, pp. 59-60.



“los movimientos del mundo contemporáneo para actualizar su propio credo”, (convertidos en) “adoradores del pasado, desesperaban del porvenir.”<sup>27</sup>

La tradición española como la epopeya más grande, la hispanidad como el elemento que proyecta la filosofía tradicionalista al resto del mundo, especialmente a Hispanoamérica.

“Mientras España fue tradicional, mientras creyó en sí misma y a sí misma fue fiel, innovó y creó todo el tiempo; pero cuando empezó a creer que la verdad no estaba en sí misma, sino en Versalles o en Londres, dejó de innovar y de crear, para convertirse en triste imitadora, necesariamente rezagada, de países extranjeros.”<sup>28</sup>

Una endogamia continua, un repliegue hacia el ser de España, “*las derechas representan el ser de España y las izquierdas el no ser*”<sup>29</sup>, donde el Maeztu anterior a su estancia en Inglaterra desaparece, su estilo vivaz y combativo vuelve una y otra vez sobre ideas a las cuales no aporta nada nuevo. ¿En nombre de qué se dirige el autor de *La crisis del humanismo*? Un año antes de que empezara la cruenta guerra incivil, de la que él fue una víctima más, escribía:

“Nosotros representamos la humanidad frente a las sectas; el servicio, frente al egoísmo; la imparcial justicia, frente a la legislación de los partidos; la obligación del progreso, frente al dogma absurdo del progreso fatal; el espíritu, frente a la materia; la Historia frente a la antipatria.”<sup>30</sup>

Es un Maeztu que derrota y embiste contra todos, por supuesto que no sólo contra las izquierdas - que son el enemigo a combatir - también mete sus puyas contra Cánovas del Castillo por “asegurar el poder público a la oligarquía”<sup>31</sup>; o arremete contra Vázquez de Mella por reaccionario, equiparándolo con A. Sardinha, creador del integralismo (nacionalismo integral portugués). Pero no pierde su norte, para ello siempre se encomienda a esos cuatro evangelistas<sup>32</sup> que le guían: *González Arintero, el misticismo; Jaime Balmes, la perspicacia; Donoso Cortés, la elocuencia y Menéndez y Pelayo, el saber*. Ellos le iluminan (nunca mejor dicho) en esa labor de reconquista intelectual para forjar la nueva España; el diagnóstico es tajante:

---

<sup>27</sup> Maeztu, *El nuevo tradicionalismo*, p. 62.

<sup>28</sup> Maeztu, *El nuevo tradicionalismo*, p. 79.

<sup>29</sup> Maeztu, *El nuevo tradicionalismo*, p. 217, El Pueblo Vasco, 16 enero 1936

<sup>30</sup> Maeztu, *El nuevo tradicionalismo*, p. 81, Las Provincias, 29 agosto 1935.

<sup>31</sup> Maeztu, *El nuevo tradicionalismo*, p. 297, El Pueblo Vasco, 15 febrero 1934.

<sup>32</sup> Maeztu, *El nuevo tradicionalismo*, p. 280, El Pueblo Vasco, 8 junio 1933.

“el liberalismo y las revoluciones liberales no han tenido otra misión histórica que la de hacer posible las revoluciones bolcheviques.”<sup>33</sup>

Lo que para Donoso Cortés significó la revolución de 1848, es para Ramiro de Maeztu la revolución rusa de 1917. Y también coinciden en que el enemigo a batir es el liberalismo ¡y no el socialismo!, son más comprensivos con éste que con aquél. El socialismo todavía tenía una instancia utópica, un aliento que era mantenido por sus seguidores (de ahí su fuerza y su peligro); pero el liberalismo no, sus seguidores “no pasaban a la acción”, Maeztu lo despreció por su actitud acomodaticia, nada comprometida de sus seguidores (¿estará pensando en el que fue su amigo, Pepe Ortega y Gasset?). Por eso requiere, exige, la imperiosa necesidad de “restaurar en España el viejo espíritu de honor y de valor”<sup>34</sup>, para ello es preciso

“constituir un instrumento parecido al *fascio* italiano o al nacionalsocialismo alemán, capaz de hacer frente por sí solo a la revolución social y de constituir la fuerza que impulse, el día de mañana, a la contrarrevolución a depurar el Estado de revolucionarios, para que, una vez acabada la amenaza de la revolución social, sea posible reengancharnos al hilo de la tradición española.”<sup>35</sup>

Las demandas de intervención a los militares y los llamamientos a la violencia, por parte del fundador de *Acción Española*, son constantes; tiene una concepción soreliana de la violencia, como liberación de la fuerza reprimida, que le conduce a afirmar:

“Con vencer a la revolución en las urnas no estaremos sino en el principio. En seguida hay que continuar la lucha hasta acabar con la lucha de clases.”<sup>36</sup>

Ramiro de Maeztu querrá corregir el rumbo de esa modernidad que le había desengañado con un correctivo católico que se convirtió en un viraje hacia lo más recóndito y arcano de nuestra tradición: la Contrarreforma. La elegancia, penetración y armazón filosófica de sus artículos lo sitúan como la voz que alienta incesantemente a reivindicar el pensamiento tradicionalista español. Ahora bien, no encontramos en sus escritos aportaciones de nuevas ideas, el núcleo de éstas son las expuestas por los tratadistas franceses (de Joseph de Maistre a Charles Maurrás) y, especialmente, Donoso Cortés. Todo está en el editorial del primer número de *Acción Española*:

---

<sup>33</sup> Maeztu, *El nuevo tradicionalismo*, p. 165, Diario de Navarra, 8 octubre 1934.

<sup>34</sup> Maeztu, *El nuevo tradicionalismo*, p. 180, El Pueblo Vasco, 7 noviembre 1935.

<sup>35</sup> Maeztu, *El nuevo tradicionalismo*, p. 213, El Pueblo Vasco, 3 enero 1936.

<sup>36</sup> Maeztu, *El nuevo tradicionalismo*, p. 258, Diario de Barcelona, 13 noviembre 1936.

“España es una encina medio sofocada por la hiedra. La hiedra es tan frondosa, y se ve la encina tan arrugada y encogida, que a ratos parece que el ser de España está en la trepadora y no en el árbol. Pero la hiedra no se puede sostener sobre sí misma. Desde que España dejó de creer en sí, en su misión histórica, no ha dado al mundo de las ideas generales más pensamientos valederos que los que han tendido a hacerla recuperar su propio ser. Ni su Salmerón, ni su Pi y Margall, ni su Giner, ni su Pablo Iglesias, han aportado a la filosofía del mundo un solo pensamiento nuevo que el mundo estime válido. La tradición española puede mostrar modestamente, pero como valores positivos y universales, un Balmes, un Donoso, un Menéndez y Pelayo, un González Arintero. No hay un liberal español que haya enriquecido la literatura del liberalismo con una idea cuyo valor reconozcan los liberales extranjeros, ni un socialista la del socialismo, ni un anarquista la del anarquismo, ni un revolucionario la de la revolución.

Ello es porque en otros países han surgido el liberalismo y la revolución por medio de sus faltas o para castigo de sus pecados. En España eran innecesarios. Lo que nos hacía falta era desarrollar, adaptar y aplicar los principios morales de nuestros teólogos juristas a las mudanzas de los tiempos. La raíz de la revolución en España allá en los comienzos del siglo XVIII ha de buscarse únicamente en nuestra admiración del extranjero. No brotó de nuestro ser, sino de nuestro no ser. Por eso, sin propósito de ofensa para nadie, la podemos llamar la antipatria, lo que explica su esterilidad, porque la antipatria no tiene su ser más que en la patria, como el anticristo lo tiene en el Cristo. Ovidio hablaba de un ímpetu sagrado de que se nutren los poetas: *Impetus ille sacer, qui vatum pectora nutrit*. El ímpetu sagrado de que se han de nutrir los pueblos que ya tienen valor universal es su corriente histórica. Es el camino que Dios les señala. Y fuera de la vía no hay sino extravíos.”<sup>37</sup>

No existe mejor síntesis y exaltación del tradicionalismo integrista, en ese estilo ampuloso y grandilocuente, repleto de alusiones al cartón-piedra de nuestra historia. Maeztu como heraldo de la “nueva España” invoca a la gesta, al heroísmo, al sacrificio, haciendo suya la máxima de la cosmovisión ignaciana (“mitad monje, mitad soldado”) para ilustrar su ideal misionero y nacional. Hablando de las razones de su conversión, en un artículo solicitado por los PP. Franciscanos de Paderborn, aunque él no se considere un converso - ya que nunca se apartó del todo de su fe católica - resalta el porqué de su radical cambio y actitud:

“... mi Patria perdió su camino cuando empezó a apartarse de la Iglesia, y no puede encontrarlo como no se decida de nuevo a identificarse con ella en lo posible. Es mucha verdad que en los siglos de la Contrarreforma sacrificó sus fuerzas a la Iglesia, pero

---

<sup>37</sup> Maeztu, R., *Defensa de la Hispanidad*, introducción de Federico Suárez, Rialp. Madrid, 1998 (1ª 1934), pp. 71-72; apareció en *Acción Española*, Madrid, 15 de diciembre de 1931.

esta es su gloria, y no su decadencia. Dios paga ciento por uno a quien le sirve. Ya nos había dado, por haberle servido, el Imperio más grande de la tierra, y si lo perdimos a los cincuenta años de habernos abandonado a los ideales de la Enciclopedia, debemos inducir que la verdadera causa de la pérdida fue el haber dejado de ser, en hechos y en verdad, una Monarquía católica, para trocarnos en un Estado territorial y secular, como otros Estados europeos ... Lo que me consuela es haber hecho la experiencia de la profunda coincidencia que une la causa de España y la de la Religión católica. Ha sido el amor a España y la constante obsesión con el problema de su caída lo que me ha llevado a buscar en su fe religiosa las raíces de su grandeza antigua. Y, a su vez, el descubrimiento de que esa fe era razonable y aceptable, y no sólo compatible con la cultura y el progreso, sino su condición y su mejor estímulo, lo que me ha hecho más católico y aumentado la influencia para el mejor servicio de mi patria.”<sup>38</sup>

Pocas ideas de modernidad, esa burguesía cuyo ideal ha de ser “el nervio de la vida contemporánea” no la encarnan la Iglesia, el Ejército y la Magistratura. Son estos los que van a delegar en una oligarquía (que no burguesía) que desempeñen tareas de gobierno. Católicos de toda laña, carlistas, integristas y los miembros del rancio nacionalismo español de la margen derecha del Nervión. Ese “ideal de la burguesía” es sustituido por el *regeneracionismo conservador, organicista, tradicionalista y antiparlamentario*; el “recogimiento psíquico” de Londres le lleva a encontrar la palabra clave: *fe*. Donoso, Balmes, Menéndez Pelayo, Vázquez de Mella, Nocedal, Pidal y Mon, Enrique Gil Robles, etc. El caballero ha encontrado su Edad Media. Fe como convicción, historia, prudencia, heroísmo y patriotismo son, en sus propias palabras, los factores constituyentes que han dado vida al tradicionalismo ante un mundo hostil. El caballero de la fe encarnado en la figura de Ramiro de Maeztu Whitney.

Es de este modo como teoriza la contrarrevolución, ya que el comunismo acecha por doquier (Abdel-Krim, Maciá), además del liberalismo y socialismo que deben ser debelados “por unos pocos” (se siente elite, minoría dirigente). Su ideario es el llamado eufemísticamente “clasicismo católico” (autoritarismo o integrismo serían más descriptivos). Son “severas metamorfosis” donde va desapareciendo la coherencia hasta que se convierte en el caballero fanático, reaccionario, militar y clerical. En su delirio anhela la inmolación como los héroes de sus admirados

---

<sup>38</sup> Maeztu, R., *Acción Española*, Madrid, 1 de octubre de 1934. En el *Proyecto de filosofía en español*, [www. filosofia.org](http://www.filosofia.org) encontramos documentación indispensable para el estudio de este autor.

Coleridge o Carlyle. Es su drama, devenir lo contrario de lo que había sido, oscilando desde posturas pseudo-anarquistas a un fabianismo que se estremece al oír hablar de lucha de clases o planificación económica, para llegar a ser el principal animador (atizador, diríamos castizamente) de los enfrentamientos inciviles clamando por una dictadura militar. La barbarie y la sinrazón de la España de 1936 harán de Ramiro de Maeztu, asesinado en las puertas del cementerio de Aravaca, un protomártir para una derecha tradicionalista, militar y católicamente integrista, como lo será la dictadura cesarista de Franco, que aspira a una dictadura del orden social y seguidora de la Iglesia: El nacionalcatolicismo.

### **3. NACIONALCATOLICISMO**

Con la victoria del general Franco va a desplegarse con toda su potencia lo que F. Colom ha llamado “la dimensión reactiva del catolicismo” y como se va a convertir en paradigma de “religión antimoderna”<sup>39</sup>, anclada en una cosmovisión teocrática y organicista.

El régimen franquista es una dictadura militar, reaccionaria y nacionalcatólica, pero no fascista; aunque tiene características suyas: un partido único (FET de las JONS), exaltación del Caudillo (Jefe, Duce), no respeto a los derechos civiles, política de exterminio para los adversarios (“enemigos”) políticos, etc. El Movimiento es el modo de mantener a la Falange pensionada, aunque el proceso de desfascistización es clave, de ello pendía la necesidad del apoyo de la Iglesia católica. Antonio Elorza ha calificado el régimen de Franco como “un cesarismo de base militar”, ya que el caudillo se sirve del ejército como espina dorsal de su régimen político (en todos los órdenes, véase el paradigmático ejemplo del Instituto Nacional de Industria y la militarización de la industria española). El otro elemento es la Iglesia. Ejército e Iglesia como guardianes de la tradición política y religiosa. Su poder y prestigio como general se convertirá en carisma al ser ungido como caudillo y sacralizado por la Iglesia, se escenificó con Franco entrando bajo palio en la catedral de Toledo.

Francisco Franco, Caudillo de España por la gracia de Dios. La liturgia, el atrezzo y la *misse en scène* está a cargo de la Falange. Los rituales por el Ausente, todos ellos de inequívocas connotaciones fascistas, pero para Franco es sólo el

---

<sup>39</sup> Colom, F. y A. Rivero (Eds.), *El altar y el trono. Ensayos sobre el catolicismo político iberoamericano*, Anthropos, Barcelona, 2006, p. 8-9.

decorado, los protagonistas son otros y las ideas también. Nada menos “moderno” y fascista-falangista que la Sección Femenina preconizando y llevando a toda España los valores de la maternidad y el catolicismo. Nacionalcatolicismo, nacionalmilitarismo y nacional patriotismo.

Estos son los principios que irán adecuándose a la situación internacional, así la dictadura osciló del filofascismo (hasta que las victorias alemanas empezaron a remitir y los aliados pasaron a la ofensiva) a la “no-beligerancia” y a la “neutralidad vigilante”. La prensa oficial bramaba:

“Si alguien, por ahí, se figura que nuestra neutralidad quiere decir constitución de una especie de Suiza mental, oficial y officiosa, en el Estado y la Falange, o una conciencia híbrida y eunucoide enturbiada por la impotencia, de niebla y lágrimas, no conoce al Estado que ha nacido como Estado heroico y militar.”<sup>40</sup>

Los efectos del decreto de unificación fueron dobles: de un lado, la concentración de todo el poder político (añadido al militar) en la persona de Franco, además de producir un efecto disuasorio en aquellos que desde un legitimismo falangista criticaban este proceso. Serrano Suñer, jurista brillante, antiguo miembro de la CEDA y de las JAP, amigo y compañero de estudios de Jose Antonio, fue el encargado de reconvertir el papel de la Falange, valiéndose de sus dotes de organizador y de no resultar sospechoso para los falangistas de primera hora. Su misión era reorganizar políticamente el nuevo Estado y empezar a administrar la victoria. La tarea no sólo era la desfascistización de la Falange, también lo era en sus críticas retóricas al capitalismo y en lo que se ha llamado “la revolución pendiente”, que se quedó tal cual, como su propio nombre indica, *sine die*. Reorientar y cambiar el rumbo era perentorio, de ahí que la catolización de la Falange fuera el primer objetivo. Disipar cualquier atisbo de duda por parte de la jerarquía eclesiástica era primordial para los rebeldes, que se habían levantado contra el orden constitucional republicano. Desde el inicio de la contienda la Iglesia sería el sostén y la carta de presentación para el régimen de Franco en el exterior. Primero por su catolicidad, segundo por su antiliberalismo y especialmente por su antimarxismo y anticomunismo.

Desde 1937, Franco había contado con la cooperación de la jerarquía eclesiástica española, a través de la carta colectiva dirigida “A los obispos del mundo

---

<sup>40</sup> Arriba, 24 de mayo de 1940.

entero”. Si a esto sumamos la ayuda inestimable del Cardenal Isidro Gomá<sup>41</sup>, autor de la *Carta colectiva del Episcopado español* (suscrita por todos los obispos menos dos), a su fallecimiento en 1941, le sucederá, ocupando la sede de Toledo, Enrique Plá y Deniel (autor de *Las dos ciudades* y *El triunfo de la ciudad de Dios y la resurrección de España*, cartas pastorales que en 1936 y 1939, respectivamente, influyeron en el apoyo de la Iglesia al golpe del general Franco). Mientras, el Cardenal Segura sin republicanos que combatir directamente, se ha convertido en azote y fustigador del falangismo pagano. Son prueba irrefutable de la sintonía y acumulación de intereses del general Franco y la Iglesia española. Y como efecto derivado comprobar que las tesis de Falange y el ideario de sus fundadores eran un decorado patrio para manifestaciones, gritos de rigor y poco más.

Fernández Cuesta y Arrese Magra, son ahora los hombres de los que se vale Franco para reconducir el falangismo en pro del beneficio de “una mediocridad burguesa conservadora” como había indicado - en junio de 1936 - José Antonio Primo de Rivera. También colaboran falangistas católicos, como Laín Entralgo, que quieren inculcar un “catolicismo vitalista”<sup>42</sup>. La contorsión histórica de intentar armonizar “revolución y tradición” tuvo teóricos entusiastas, entre muchos de aquellos que más tarde romperían con la Falange franquista, desde el ya mencionado Pedro Laín a Dionisio Ridruejo, ambos intentaban contribuir a ese híbrido que conformaba la revolución española respondiendo de este modo:

“Aquí entra el capítulo de la Tradición: junto a nuestro ser de revolucionarios tenemos que tener valerosamente y alegremente el orgullo de ser tradicionalistas. Tradicionalistas, sí, pero de una manera, tradicionalistas sin obcecaciones y sin pequeñez. Tradicionalistas sin nostalgia de momentos históricos pasados. Tradicionalistas para salvar de entre la polvareda de la Historia, de entre el brillo glorioso de las mejores hazañas, para salvar lo único que tenemos y por lo que han muerto de verdad los hombres de España: la esperanza de poder volver a ser alguna vez... Ser tradicionalista y ser revolucionario, vienen a ser la misma cosa.”<sup>43</sup>

“Destruir al contrario asumiéndolo”, así lo había expresado, hegelianamente, Dionisio Ridruejo. El catolicismo como seña de identidad hispana, el entronque con la tradición les viene por el sustento de su fe, desde Donoso a Maeztu. El falangista

---

<sup>41</sup> *El caso de España* (instrucción a sus diocesanos y respuesta a unas consultas sobre la guerra civil), Pamplona, 1936, se puede consultar en [filosofia.org](http://filosofia.org).

<sup>42</sup> Véase Ismael Saz, *Los nacionalismos franquistas*, ed. cit., pp. 175-181, se destacan las diferencias con el catolicismo de Acción Española.

<sup>43</sup> Cfr. Ismael Saz, op. cit., p. 183. Véase Jordi Gracia, *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Anagrama, Barcelona, 2004.

poeta que había sentenciado que la república española era una democracia burguesa, identificaba tradición y revolución, quedando ésta definitivamente pendiente.

De ahí que la pretendida revolución sea una vuelta atrás, el pasado como modelo es la España de los Austrias como ideal y arquetipo a alcanzar. Pero por doquier se habla de la Revolución Nacional Sindicalista. Se produce así el colapso del falangismo primigenio, engullido y devorado por el Movimiento, la catolización es impulsada desde la jerarquía eclesiástica aunque no exclusivamente; los sectores monárquicos más autoritarios y más próximos al tradicionalismo se van a convertir en el grupo que más influya en las señas de identidad del nuevo Estado. Son los hombres de *Acción Española* y de *Renovación Española* (Sáinz Rodríguez, Vegas Latapie, Goicoechea, Vigón, etc.) los que van a contribuir y secundar las políticas precisas para establecer

“... un estado totalitario; había creado una España unida artificialmente mediante una guerra civil seguida de una represión despiadada; había aplastado los movimientos autonómicos regionalistas; había puesto fuera de la ley a los partidos y creado una parodia de parlamento; había acabado con los sindicatos. También había establecido una burocracia falangista y una Administración fascista. Para perpetuarse, esa Administración no necesitaba contenido ideológico.”<sup>44</sup>

Huyendo de la germanofilia y del protofascismo se quiere establecer una teocracia providencialista y una dictadura de orden público. En 1945 se reafirmó en su autoritarismo, pero el eje central del discurso - apoyado por la milicia y la Iglesia - ha basculado, ahora tiene como único objetivo la lucha contra el comunismo. Son las consecuencias del fin de la II guerra mundial. Dictadura autoritaria “por la gracia de Dios” apoyada en una ideología antiliberal, premoderna, Iglesia, ejército, derecha reaccionaria y ultramontana. Donoso Cortés, Vázquez de Mella, Balmes, Menéndez Pelayo y Ramiro de Maeztu son los teóricos del corpus ideológico del *nacionalcatolicismo*<sup>45</sup> con el decorado y la retórica falangista. Sus líneas de fuerza son, entre otras:

---

<sup>44</sup> H. R. Southworth, “La herencia fascista española”, en P. Preston, *España en crisis: La evolución y decadencia del régimen de Franco*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978, p. 55.

<sup>45</sup> Urbina, F., “Formas de vida en la Iglesia de España”, en el colectivo *Iglesia y Sociedad en España. 1939-1975*, Editorial Popular, Madrid, 1977; Álvarez Bolado, A., *Teología política desde España. Del nacional-catolicismo y otros ensayos*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1999; recogidas en Morán, G., *El maestro en el erial. Ortega y Gasset en la cultura del franquismo*, Tusquets, Barcelona, 1998, cap. 6, pp. 216-217.



1. Consustancialidad entre catolicismo y Estado, no hay diferencias entre España y la Iglesia Católica, su diferenciación es propia de hesiarcas que combaten el patriotismo y la fe de la “Nueva España”.
2. Los valores católicos están por encima de cualquier otro compromiso y su proyección es la política que hay que desarrollar en los distintos niveles (sociales, culturales, etc.)
3. Rechazo de la modernidad. El proceso de secularización desplazó el protagonismo de la religión. Frente a la Modernidad prevalece ese espíritu imperial que se anuda con el apostolado del Imperio cristiano.
4. Reconquista espiritual de aquellos países que no profesan la religión católica. Misión espiritual de España, portadora de valores eternos.

No es menester resaltar lo evidente, todo estaba en *Acción Española*. Los discípulos de Maurrás arrinconaban cualquier intento de instaurar un conservadurismo homologado que quedaba superado en este viaje al fin de la noche del reaccionarismo español. Inman Fox resume el ideario de la tradición católica-nacional:

“1) la desvalorización del pensamiento político liberal español (republicanismo, krausismo, socialismo, europeísmo) por las ideas de Menéndez y Pelayo; 2) el mito de la Hispanidad propagado por Maeztu; y 3) el modelo historiográfico <Recaredo-Reconquista-los Reyes Católicos-Contrarreforma-Inquisición-Nuevo Mundo, etc.> del libro de Z. García Villada, *El destino de España en la Historia Universal*, 1936.”<sup>46</sup>

En la España de Franco, el vacío ideológico - motivado por la represión y la falta de libertad - es ocupado y aprovechado por la Iglesia española que aportó su doctrina contrarreformista en sus más puras esencias; vuelve lo de siempre, el dogma recogido en el *Syllabus*, las encíclica *Quanta cura* y la *Quadragesimo Anno* de Pio XI, quien en mayo de 1931 dejaba claro el mensaje de la imposibilidad de ser “un buen católico siendo socialista”. El hecho diferencial, diríamos hoy, del franquismo respecto del fascismo europeo reside en que éste es anticlerical. El laicismo o la secularización ha sido siempre uno de los rostros de la anti-España, se impone el caballero católico, la teologización de la vida, entendida ésta como vida religiosa. Sacralización del hombre que mandado por la Providencia ha liberado a la vieja

---

<sup>46</sup> Fox, I., *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*, Cátedra, Madrid, 1997, p. 198.

España del marxismo y de la masonería. Su capacidad para debilitar a los demás y reforzar su poder le sitúan como un gran táctico: Paciencia y providencia<sup>47</sup>.

Años después, se catalogará este periodo lleno de dolor y sangre, sobria y académicamente, como “Estado totalitario”. Con este término, desarrollado en tiempos de la guerra fría, se subsumían fascismo-nazismo con el comunismo. El propio Dionisio Ridruejo escribía, cuando era corresponsal de *Arriba* en Roma (1951), que el fascismo católico era la “variante española del totalitarismo.”<sup>48</sup> Su alianza con la Iglesia se mantendrá hasta bien entrada la década de los sesenta, marcando la evolución del régimen desde una dictadura totalitaria a un catolicismo tecnocrático y ciego para las libertades políticas. Este idilio entre la jerarquía de la Iglesia Católica durará hasta el Concilio Vaticano II, al que Franco considerará como una traición personal, pues se consideraba bastión y defensor del catolicismo, el “vigía de Occidente”.

---

<sup>47</sup> Ver Paul Preston, “El general Franco: la paciencia y la providencia” en *Las derechas españolas en el siglo XX: Autoritarismo, fascismo y golpismo*, Sistema, Madrid, 1986, pp. 143-160.

<sup>48</sup> Morán, G., *El maestro en el erial*, p. 392.